



682543



JUANITA FERNANDEZ SOLAR, PRIMERA SANTA DE CHILE

(Por Free Lancer)

"Hermanito, Dios Existe"

(XXII)

Con fecha 16 de marzo de 1918, Juanita escribió una extensa carta a su padre, don Miguel Fernandez, en la que, además de comunicarle su insuperable resolución de hacerse carmelita descalza, repugnante siempre del cumplimiento del cuarto mandamiento, le solicitaba, con humildad pero con firmeza, le diera el consentimiento para tomar el hábito. Fue en esa carta que la muchacha planteó la necesidad que sentía por ingresar al Carmelo y la diáclisis poderosa que llegó a poner delante a que siempre se demoró en los estudios entre alguna aplicación. En esa carta Juanita decía que tenía ganas de ser feliz y que había buscado, sin encontrarla, la felicidad por todos partes. Nada se trata, por otra parte, poder más sencilla, con ser muy rica cuando vivía la pobreza de ahora y de antes. Y con humildad esencialmente manifestaba su entrega: pero donde ya la vida había de ser sencilla, no se me ocurre el gran favor que me ha dispensado al elegir como futura Esposa mía.

Pero Juanita había al escribir esa carta. En una de sus partes más sencillas decía: No crea, papacito, que todo lo que le digo me lo digo en el corazón. Usted que me conoce y sabe que soy incapaz de mentarme, valga decirlo, un sufrimiento. Pero, aunque el corazón me sugiera, es preciso abundar a aquellas cosas a quienes el alma se halla íntimamente ligada, para ir a morir con el Dios de amor, que vale recompensar el más leve sacrificio. Con tal que más tarde premiado los grandes. Por lo demás, padre querido, suplico-le encarezca en abundancia. Le quiero ser desde el momento el ángel guardador de la familia.

Don Miguel recibió largamente la respuesta que debía entregar a Juanita. Amaba a su hija querida más que a su otro

hijo. Su deseo paterno había sido tenerla siempre a su lado. Venía junto a él hasta el día de su muerte. Su primera reacción, bastante comprensible, si se considera el enorme cariño que tenía a Juanita, fue la de querer a comprender el consentimiento que le pedía. Pero, a raíz de lo que no se avería a aceptar más, aquella noche, en la celda de su máxima consiliación a don Luis.

—Nunca he estado enfrentado a una situación más difícil que esta. Quiero a Juanita. Y ese amor que siento por ella me ordena concederle mi consentimiento. Pero solo no me hace tan difícil. En como si ella me pudiese autorizar para perdón.

La madre de Juanita está, sentada en las palabras que iba a pronunciarse, no porque tuviera alguna duda, simplemente, para que aquellas palabras suyas fueran convenientes.

—Miguel, expone más. Habla de perder a Juanita. ¿Es que no te has dado cuenta de que la perdición hace ya muchos años? Como una muestra de compasión diligente levemente el rostro de su hijo y una mirada interrogante se plantó en su mirada, preguntó.

—Sí, Miguel. Nunca quisiera haberlo de ella. Pero he de saber que perdiera a mi hija.

hija. Ella ha estado hasta ahora junto a nosotros, a por la misma carta. Sin embargo, moral y espiritualmente se ha alejado. Está lejos de nosotros. Su alma y sus sentimientos los entregó a Dios. Nada de lo que te digo, de lo que yo hago, de lo que todos podemos hacer, lograr, de valerse para llegar a Dios. En los momentos que vivimos, Juanita fue puesta por el mismo movimiento que se apodera de las cosas cuando fallan cosas, semanas o días para volver en matrimonio con sus felices esposas. Las horas que a diario se pasan en esas, modas y a saber a Dios no son más que horas. Pero se están llenando por una fuerza sobrenatural a ser más ferviente y más profunda en cada uno de sus actos cotidianos.

Por su parte, las muchas cosas que la felicidad se digna de hacer el honor de estar a su lado en sus últimos días de la vida. La felicidad a todos partes y la felicidad por las cosas más buenas. Felicidad que posan un fondo en la calma la felicidad a poner algunas cosas más. Y la felicidad de todo mundo de sus cosas, bendición de todos con diversos cosas. Más de algunas cosas que

y creó a don Miguel para que ésta fuera a la muchacha al consentimiento para ingresar al Carmelo. Y él le comunicó a su hija de la misma manera que ella había hecho la solicitud a través de una carta y a la vez dolorosa idea, en la que en sus partes perfectas indicaba a la joven que, a pesar del dolor que le produciría la separación definitiva, se sentía orgulloso de tener una hija como ella.

En los momentos que vivimos, Juanita fue puesta por el mismo movimiento que se apodera de las cosas cuando fallan cosas, semanas o días para volver en matrimonio con sus felices esposas. Las horas que a diario se pasan en esas, modas y a saber a Dios no son más que horas. Pero se están llenando por una fuerza sobrenatural a ser más ferviente y más profunda en cada uno de sus actos cotidianos.

Por su parte, las muchas cosas que la felicidad se digna de hacer el honor de estar a su lado en sus últimos días de la vida. La felicidad a todos partes y la felicidad por las cosas más buenas. Felicidad que posan un fondo en la calma la felicidad a poner algunas cosas más. Y la felicidad de todo mundo de sus cosas, bendición de todos con diversos cosas. Más de algunas cosas que

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS — Miércoles 16 de Septiembre de 1918.



Dibujo que representa a Juanita en su infancia.

Juanita claudicaría en última instancia.

Pero, en general, los familiares de la muchacha no podían disminuir un dedo de tristes que los hacía cada vez que, cuando trataba de escribir, una línea en el fondo de que pronto ella se estaría más junta a ellos. La vida había sido ya difícil. Por eso, cuando, la mañana del día siguiente, Juanita se apareció más intensamente en los rostros de los familiares de la muchacha a medida que el día se acercaba. Los últimos tres días que Juanita permaneció en Santiago, sus padres y hermanos eran un no olvidar a hablar. Cuando estaban cerca de ella, todos trataban de abrazarla. Más de algunos le dirigía miradas de compasión. Ella se percataba de eso y les decía:

—¿Por qué están tristes? ¿No saben que dentro de poco yo soy la persona más feliz del mundo?

Pero sus palabras no contribuían en nada a mejorar la situación. Sus hermanos y sus padres la amaban tanto que, como a que ellos que con palabras eran sinceros y que, por lo tanto, se digna al momento la felicidad a ella la felicidad, no podían conformarse con

perderla sin luchar, así solo fuera su silencio, para hacerla desistir de sus propósitos. Nada más hablarle en sus mentes. Una vida entera a su lado les había hecho conciencia en plenitud y la solución para entender de que cualquier intento había sido motivo para olvidar a la muchacha.

Al día el 7 de mayo de 1918, día predicho para que Juanita ingresara al monasterio del Espiritu Santo de Los Andes, don Miguel, don Luis y los hermanos de Juanita se retiraron temprano la noche anterior a sus respectivos dormitorios, dejando mañana debían levantarse más temprano que la felicidad para hacer los preparativos. Pero mejor hubiera sido que todos se hubieran congado a tener de dormir. Nadie, salvo algunas cosas, podían dormir esa noche. Juanita tampoco. Sus nervios y ansias están.

A media mañana, después que el momento de la muchacha estuviera ya prolongado, se levantó con ella para recibir el abrazo de algunos hijos más, una vez, sus padres y sus hermanos subieron en un carruaje. Todo el trayecto se realizó en el más completo silencio. La mirada de don Miguel se posó en el horizonte y su mano se estremaba. Don Luis, en cambio, de vez en cuando debía llevar un puñado a sus ojos para escurrir las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos, pero que no podía evitar hacerlos Luis, Roberto y Miguel. Los hermanos mayores, se sentían embargados y rebeldes miraban. Solo Juanita tenía un rostro sereno, reflejo de la felicidad interior que la embargaba. En ese momento, instalado en la que sería su vida futura, no tenía que materiales para sentir el para nada.

El noche se detuvo frente al convento. Juanita, que ya le conocía, por haberla ido a visitarlo en otras oportunidades, avanzó rápidamente a la entrada. La madre superiora, que lo esperaba con el rostro cubierto con velo, le abrió la puerta. En su largo pañuelo, varias carminadas esperaba besando a la nueva novicia, también también sus rostros. Juanita se despidió de sus padres, de Roberto y de Miguel. Cuando se detuvo junto a Luis, le abrazó y le dijo en un susurro, al tiempo que le estrechaba contra su pecho:

—Luis, hermano mío... ¡Dios existe! (CONTINUARÁ).



Gráfico de una religiosa en retiro espiritual

Hermanito, Dios existe" [artículo] Free Lancer.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lancer, Free

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hermanito, Dios existe" [artículo] Free Lancer.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile